

que, en último término, limitaban el horizonte.

Alguien que llamaba con imperio, interrumpió la modorra de Santa.

—¿Quién es?—preguntó molesta, sin abandonar la cama y apoyando el busto en un codo.

Pero al reconocer las voces de Pepa y de la patrona, levantóse á abrir.

La patrona, Elvira, á quien no veía desde la feria de San Angel, cuando melosamente la decidió á venir á habitar su casa, estaba con una bata suelta, siempre hombruna en la entonación y en los modales, con un grueso puro entre los labios y, en las orejas, sendos diamantes del tamaño de avellanas. Mucho más autoritaria aún que Pepa, se encaró con Santa:

—¿Conque no quisiste almorzar y te has pasado la tarde encerrada aquí?... Te disculpo por esta sola vez y con tal de que no se répita, ¿me comprendes? No estamos para hacer lo que nos dé la gana, ni tú te mandas ya. ¿Para qué viniste?... Van á traerte una bata de seda y medias de seda también, y una camisa finísima, y unas zapatillas bordadas... ¿Se ha bañado ya?—inquirió volviéndose á Pepa.—¡Magnífico! No importa, al vestirse esta noche para bajar á la sala, volverás á lavarte; mucha agua, hija, mucha agua...

Y siguió, entre regañona y consejera, enumerándole á Santa la indispensable higiene á que se tiene que apelar con objeto de correr los menores riesgos en la profesión. Decíalo todo con extraordinario aplomo y conocimiento, sin consentir que la interrumpieran, prohibiéndolo con el gesto ó la mirada cuando la necesidad de tomar resuello le truncaba el discurso. Sin pena

ni reparos, denominaba por su verdadero nombre las mayores enfermedades: esto debía de ejecutarse de tal manera y aquello de tal otra; la debilidad de algunos hombres radica aquí, y allá la de otros; existen mil fingimientos que, aunque repugnen en un principio, debe no obstante explotárseles... Un catecismo completo; un manual perfeccionado y truhanesco de la prostituta moderna y de casa elegante. Sus recomendaciones, mandatos y consejos, casi no resultaban inmorales de puro desnudos; antes los envolvía en una llaneza y una naturalidad tales que, al escucharla, tomaríasela más bien por austera institutriz inglesa que aleccionara á una educanda torpe. Sólo, de cuando en cuando, un terno disonante y enérgico,—dicho asimismo con exceso de inconsciencia,—venía y destruía el hechizo. ¿Qué institutriz ni qué diantre! Prostituta envejecida y hedionda de cuerpo y alma podía únicamente nutrir esas teorías y sustentarlas é inducir á su práctica! En el curso de la peroración, sentóse junto á Santa, y al notarla aterrada, con habilidades de escamoteador, apresuróse á mostrarle el reverso de la medalla; ¡qué corcho! no era tan fiero el león, sino al contrario, y el modo de vivir de ellas, en definitiva, era más aceptable y cómodo que otros muchos.

—En el hospital, paran las *lipendis* nada más; quiero decir, las atolondradas y tontas,—rectificó, por la cara que puso Santa al oír aquel término flamenco,—pero la que no se mame el dedo y á tiempo conozca lo que lleva y vale, me río yo de hospitales y cárceles. Con unas hechuras como las que te gastas tú, se puede ir á

cualquiera parte ¿sabes? y tener coche y joyas y *guita*, digo, monises, que llamados así bien que me entenderás ¿no es cierto? ¿Los hombres?... ¡Los hombres!... Los hombres son un atajo de marranos y de infelices, que por más que rabien y griten, no pueden pasársela sin sus indecencias...

Luego, al cabo de una pausa, continuó reflexiva:

—Mientras peores somos más nos quieren, y mientras más los engañamos más nos siguen y se aferran á que hemos de quererlos como apetecen... ¿Sabes por qué nos prefieren á sus novias y esposas, por qué nos las sacrifican?... ¿No lo sabes?... Pues precisamente porque ellas son honradas,—las que lo son,—y nosotras nó; por eso. Nosotras sabemos muy distinto, picamos, en ocasiones hasta envenenamos, y ellas no, ellas saben igual todos los días, y se someten, y los cansan...

Calló Elvira; Pepa recargó la espalda en el guardarropa, y Santa, con el corazón saltándole dentro del pecho, dobló la cabeza.

Lo que veía y lo que oía, la desesperanzaba por completo, la asqueaba de antemano. Decididamente se marchaba.

—¡Pues yo siempre me voy!—declaró muy grave y poniéndose en pie.

—Que te vas, ¿y á dónde?...

—Allá, afuera,—contestó con mayores energías, señalando al pedazo de cielo azul que de las ventanas se divisaba.

Aproximóse Pepa; Elvira, á su vez, se levantó, y juntas miraron como hipnotizadas, hacia

donde Santa apuntaba con resolución y firmeza, al pedazo de cielo que el crepúsculo empalidecía, por el que cruzaba una bandada de golondrinas, esbozando en su vuelo sobre aquel fondo azul, polígonos imposibles y quiméricos.

En el acto reacción ó Elvira, recuperó sus hábitos de cómitre con faldas que no tolera ni asomos de rebelión. En jarras los brazos, iracunda la mirada y contraído el rostro, hecha una furia, volviéndose á Santa. Con ella no se jugaba ni la burlaba nadie tampoco.

—Guarda tu *diznidá* para otra, ¿estamos? Lo que es tú te encuentras ya registrada y numerada, ni más ni menos que los coches de alquiler, pongo por caso... me perteneces á mí, tanto como á la policía ó á la sanidad. ¡Figúrate si ahora vas á marcharte!... ¡Como no te marches á la cárcel!... A mí no me tientes la ropa, porque te costaría caro... aquí sólo yo mando y á obedecer todo el mundo... ¡háse visto una pringosa con más humos!.. Y esta noche, risueñita y amable con los que paguen; y nada de lloriqueos ni ridiculeces y desmayos, porque te harán volver á tu acuerdo el comisario y los gendarmes!

A medida que Elvira se exasperaba, Santa se deprimía, lo mismo que si sus energías de antes se le quebraran ó torciesen. Fascinada por la iracundia de la patrona, fué retrocediendo hasta pegarse al muro, unos cuantos pasos en que Elvira la persiguió metiéndole las manos por la cara, echándole, entre insolencias, su aliento apestoso á tabaco y á comida reciente.

Pepa fumaba.

Los ojos desmesuradamente abiertos y la gar-

ganta seca, Santa cedió ante aquel alud de malas palabras que, á manera de látigos, se le enroscaban en el cuerpo; cedió ante aquella hidra que la acosaba, pronta á clavarle sus garras. Sintióse doblegada, vencida, á la incondicional merced de esa española cubierta de alhajas y sin ápice de educación, que eructaba "tales" y "cuales", que la amenazaba con el puño, con la mirada, con la actitud.

—Está bien, señora,—murmuró capitulando,—cálmese Ud., que no he de irme. ¿A dónde quiere Ud. que me vaya?...

Pepa estimó oportuno intervenir y se llegó á entrambas, acariciando á Santa en los brazos.

—No es el pelo de la dehesa lo que luces, hija mía, es una cabellera, y hay que trasquilarte. Ea, penillas á la mar y seca esos ojazos!

Sin duda Elvira aguardaba la intervención, porque se humanizó en un instante, encendió el medio puro que le quedaba entre los dedos y asiendo á Santa por el talle, muy afectuosa, se la llevó al canapé y con delicadezas que no podían sospechársele, la enjugó su llanto.

—Tiene razón ésta (*por Pepa*),—declaró Elvira,—hay que desbravarte. ¡Mire Ud. que es llorar! Y luego ¿por qué? Si yo no te quiero mal, guasa, al contrario, y te cumpliré cuanto te ofrecí en tu pueblo, ¿te acuerdas?... ¿No te basta? Y ahora mismo, cuando bajes á comer, lo que no sea de tu agrado se lo dices á Pepa y se te guisará aparte lo que más te guste... Cuidado, Pepa, que nadie le tome el pelo en la mesa, y que se le dé vino, del mio, á ver si le calmamos los nervios. ¡Tunanta! ¡Regalona! Alza la cara y bésame en

señal de que hicimos las amistades... Quiero contemplarte en traje de campaña; ¡Pepa! que suban la bata, el camisón y las zapatillas.

No hubo remedio; Santa sonrió y sujetóse á que casi la vistieran entre Pepa y dos ó tres "pupilas" que subieron también, atraídas por la algazara.

Una maniobra decente, vigilada y aplaudida por Elvira que no apartaba la vista de su adquisición y que con mudos cabeceos afirmativos, parecía aprobar las rápidas y fragmentarias desnudeces de Santa: un hombro, una ondulación del seno, un pedazo de muslo; todo mórbido, color de rosa, apenas sombreado por finísima pelusa oscura. Cuando la bata se le deslizó y que para recobrarla movióse violentamente, una de sus axilas puso al descubierto, por un segundo, una mancha de vello negro, negro...

La comida reglamentaria de las ocho de la noche, por lo común silenciosa y tristonca,—quizá porque se acerca el momento de la diaria refriega,—tornóse fiesta. No se cruzaron reproches, ni las secretas y mortales envidias mostraron su faz, ni los celos irreconciliables asomaron en los ojos ya pintados; no salieron las frases obscenas, los mútuos apodos y las burlas al criado. A la bonachona mirada de Elvira, que se dignó acompañar á su ganado en obsequio de la nueva res, desarrolláronse una alegría moderada y una exagerada compostura; se oyeron risas femeninas de veras, sin afectación ni ordinariéz; bromas muy pasaderas y sosegado sonar de cubiertos. El comedor simulaba un refectorio recatadísimo de algún plantel educativo de buen tono.

Elvira, enternecida, las regaló á todas, con su vino, que sólo para Santa había salido á relucir.

Pepa, muy digna dentro de su papel de "encargada", bebió agua, como de ordinario; y la "Zancuda",—una pobre muchacha de aspecto tuberculoso,—se olvidó de sopear el dulce con la mano, según acostumbraba á ejecutarlo noche á noche.

De improviso, destemplada y estridente, la voz de Eufrasia, desde abajo, las trajo á la realidad.

—Doña Pepa! aquí hay unos señores...

¡La horrible transición que presencié Santa! Cual impulsadas por un propio resorte, aquel grupo de ocho ó diez mujeres se levantó de sus asientos derribando sillas; vertiendo en el mantel el agua de los vasos, después de enjuagarse la boca en pie y de prisa y de arrojar el buche contra el suelo; encendiendo cigarrillos que fumaban muy apuradas, á fin de no oler á comida. Todas se despeñaron por la empinada escalera, en tropel de gritos y empellones,—una verdadera y desaforada carga contra el dinero,—todas se alisaban el cabello, se mordían los labios hasta ponerlos de un rojo subido, pegaban los codos á la cintura para que los senos resaltaran; todas, en su andar, marcaban el paso con las caderas, á semejanza de los toreros cuando desfilan formados en la plaza, y todas arrastraron adrede, por las gradas, los tacones de las zapatillas.

Pepa bajó despacio.

—Tú también, baja!...—le mandó Elvira á Santa,—y según sean los clientes, así pídeles cerveza ó *sampán* (quería decir *champagne*), pero que

gasten. Si entran contigo al cuarto, nada de monerías ¿eh? ya hablamos de eso.

Santa no escuchó el final del bando; la primera parte, el tremendo: "Tú también, baja," la hizo temblar cual si la amenazase un positivo peligro... aunque, indudablemente, tenía que bajar, que disputarse á los visitantes, que obligarlos á gastar!

Bajó rígida, más resuelta á rechazar que á ofrecer, experimentando repugnancias físicas invencibles. De pie en el umbral del salón iluminado, notó que los parroquianos, sin descubrirse, bromeaban de palabra y de obra con sus compañeras; vió que éstas no sólo consentían las frases groseras y los manoseos torpes y lascivos, sino que los provocaban, pedían su repetición, para concluir de enardecer al macho, azuzadas por un afán innoble de lucro.

Un gran trueno celeste, anunciador del aguacero que se echaba encima de la ciudad, la estremeció; y volviendo la cara á la puerta de la calle, que le quedaba á un paso, se asió la falda de seda y se adelantó á la salida, guiada por un deseo meramente animal é irreflexivo de correr y correr hasta donde el aliento le alcanzara, y hasta donde, en cambio, el daño que se le antojaba inminente no pudiera alcanzarla... Mas, á tiempo que se adelantaba, la lluvia desatóse iracunda, rabiosa, azotando paredes, vidrios y suelos con unas gotazas que al caer ó chocar contra algo, sonaban metálicamente, salpicaban, como si con la fuerza del golpe se hicieran pedazos. Santa miró á la calle, por cuyo centro, el agua imitaba una cortina de gasa interminable

que se desenrollara de muy alto, inclinándose á un lado, y á la que la luz eléctrica de los focos que el viento mecía, entretejiera, mágicamente, hilos de pláta que se desvanecían dentro de los charcos bullidores y sombríos del adoquinado.

De ese fondo fantástico, al resplandor de uno de los tantos relámpagos que surcaban el cielo, Santa distinguió, sin paraguas ni abrigo que lo defendiese del chubasco, á un chiquillo que llevaba de la mano á un hombre, y que ambos doblaban rumbo á la casa. En un principio, dudó ¿cómo habían de ir allí?... pero la pareja continuó acercándose, el hombre colérico cada vez que ni su bastón ni el chiquillo lo libraban de los baches; el granuja mudo, aguantando con idéntica impasibilidad la lluvia de las nubes que le empapaba las espaldas, que la lluvia de denuestos é insolencias del ciego á quien servía.

Tuvo Santa que apartarse para que entraran los dos, al parecer, vagabundos, y más que de contestar á su saludo cuidó de que no la humedeciesen si se le acercaban demasiado. En lugar del regaño que no dudó les endilgaría Pepa, soltóse el ciego de su lazarillo y sin más ayuda que el bastón, astroso y chorreando, muy de sombrero en su mano libre, sonriente, y mirando sin ver con sus horribles ojos blanquizcos, de estatua de bronce sin pátina, se coló en la sala y Pepa y las demás mujeres lo recibieron contentísimas, tuteándolo:

—Hola, Hipo, te mojaste? Estás hecho una sopa!... Sacúdete afuera, hombre, que vas á ensuciar los muebles, y vuelve á tocar.

¡A tocar!... Siempre con asombro, Santa vió

que el ciego á quien denominaban Hipo, se encaminaba á tientas al patiecito, donde, en efecto, se sacudió el traje enjugándose después las manos con su pañuelo. Luego, lo vió ir derechamente al piano, vió que lo abría y, por último, vió y oyó que lo tocaba. Entonces, menos porque se le olvidara de escapar que por mirarlo de cerca y convencerse del prodigio de que un ciego tocara y tocara tan bien, entró en la sala y apoyando un codo sobre la tapa superior del piano, púsose á contemplar al músico...

¡Qué lindamente tocaba y qué horroroso era!... Picado de viruelas, la barba sin afeitar, lacio el bigote gris y poblado, la frente ancha, grueso el cuello y la quijada fuerte. Su camisa, puerca y sin zurcir en las orillas del cuello y de los puños; la corbata torcida y ocultándosele detrás del chaleco; las manos huesosas, de uñas largas y amarillentas por el cigarro, pero expresivas y ágiles, ora saltando de las teclas blancas á las teclas negras con tal rapidez, que á Santa le parecía que se le multiplicaban, ora posándose en una sola nota, tan amorosamente, que la nota aislada adquiría vigor y sonaba por su cuenta, quizá más que las otras.

Con su instinto de ciego, el músico adivinó que alguien se hallaba á su lado, y á pesar del ruido que armaban los bailadores, medio volvió la cabeza hacia Santa, que no pudo resistir el que le echara encima sus horribles ojos blanquizcos, sus ojos huérfanos de vista.

—Poco vamos á hacer esta noche si sigue lloviendo,—dijo él, sin reparar en que con el plural empleado, equiparaba la profesión de esas

mujeres á la suya propia.—¿Quiénes son los que bailan?...

—No los conozco,—repuso Santa, procurando esquivar los ojos del músico, los que, no obstante no ver diríase que miraran, á juzgar por la importancia que les comunicaba el ciego, moviendo las cejas inteligentemente.

—Ud. dispense,—agregó,—creí hablar con alguna de las de casa.

—También yo soy de la casa,—explicóle Santa,—desde hoy que... ¡ay!!—gritó interrumpiéndose, al sentirse abrazada por la cintura.

No era nada, nó; que uno de aquellos caballeros, incitado por la deliciosa línea de la cadera de Santa, había llegado por detrás de la muchacha desapercibida á cerciorarse de esa morbidez, y la había abrazado el talle con las dos manos é hincádole la barba en uno de sus hombros carnosos...

—¿Y por qué gritas, primorosa? Ni que te hubiera yo lastimado. Ven á tomar con nosotros y á bailar esta danza conmigo.

—No quiero beber y no sé bailar!—contestó secamente Santa, después de desasirse del individuo bien vestido, entrado en años y respetado por los que con él estaban.

—¡Adiós! ¿Y si yo te pago porque te emborraches y porque me bales, hasta desnuda si me da la gana?... ¿crees que pido limosna ó que á mí me manda una cualquiera?... pues te equivocas. Traigo mucha plata, mucha, para comprarlas á todas Uds...!

El cariz de la reunión varió. El pianista interrumpió su danza intercalándole, por artístico

pudor, un par de acordes finales que suavizaran á su oído lo brusco de la interrupción, y filosóficamente, con el puro tacto, encendió un cigarrillo. Santa, sin otras armas todavía con qué defenderse, apeló á las lágrimas; mas sus compañeras, sobre todo una, la "Gaditana", dejó de bailar y saltó á la palestra:

—¡Oye, tú!!... ¿qué te crees? ¿que por los cuatro cuartos que traes hemos de soportarte, "so esto" y "so lo otro?"...

Pepa intervino, entre los labios el puro y en la muñeca colgado el portamonedas. Habló con los acompañantes del que había insultado á Santa,—el que persistía en sus afirmaciones de que llevaba mucho dinero, y mostraba billetes y pesos duros,—y los acompañantes, mortificados, opusieron á reconocer la grosería de su amigo, á quien era fuerza disculpar por hallarse algo bebido y por ser persona de suposición ¡friolera! gobernador de un lejano y rico Estado de la República.

—Más champagne!—ordenó el bebido, como para ratificar su embriaguez,—más champagne y más danzas, profesor!

Volvió á sonar el piano y las chicas á bailar con los familiares del gobernador aquel, tumbado en el sofá y sin despegarle la vista á Santa, con la que Pepa sostenía coloquio animadísimo. El más prudente del grupo, previo ajuste con Pepa y en atención á que el agua no escampaba, hizo entrega de diversos billetes, mandó cerrar las puertas y publicó que la casa entera corría por cuenta de ellos.

La lluvia, afuera, continuaba entonando su ro-

manza monoritmica; su tamborileo contra los cristales del edificio; continuaba el sordo gotear de cornisas y barandales y el recio estrépito, sobre el empedrado, de las canales exteriores que vomitaban cataratas. En el sumidero del patiecillo,—una losa con cinco agujeros en forma de cruz,—hundíase el agua rumorosamente, á escape, como apresurada por esconderse allá, debajo, en lo obscuro, y no presenciar lo que en la casa acontecía.

En estas, presentóse Elvira á saludar al gobernador; saludo de viejos conocidos, sin fórmulas ni tratamientos:

—¿Cuándo has llegado, hijo? Hace un siglo que no venías por acá... ¿Ya viste á mi “nueva?”—añadió bajando el diapasón.

El gobernador, atacado de la necia susceptibilidad con que en ocasiones se manifiesta el alcohol, sin penetrarse de lo que Elvira le preguntaba, dió principio á un capítulo de quejas contra una de las muchachas, sí, esa, la de junto al piano...

—Se ha enfadado porque le hice una caricia, y ella y otra me han tratado peor que á un perro... Tú me conoces, Elvira, tú sabes que yo gasto el dinero sin regatear... pero lo que es ahora, me voy, ya lo creo que me voy... No, no, déjame ir, no me sujetes...—gruñó tambaleando sin acabar de ponerse en pie, á causa de que Elvira se lo impedía aunque mucho menos que la borrachera.

—¿Esa es la que te gusta, *perdío*? Es mi “nueva”. Te juro que aún no se estrena en la casa y que vale un millón... ¿la quieres?

—Por supuesto que la quiero; ó esa ó ninguna.
—¡Santa!—gritó Elvira, sin cesar en la conquista del cliente adinerado y con la certeza de que la joven no había de rebelársele.—¡Santa! ven á beber con el general y á tratármelo con cariño, que es un *barbián*.

Al par que el general y sus acompañantes reían del nombre de Santa, suponiéndolo fingido, Santa, impotente para substraerse al influjo incontrastable que Elvira ejercía en su voluntad, desprendióse del piano y se aproximó al personaje.

—No, ahí nó,—prorrumpió Elvira,—síntatele en las piernas, mema, que te has sacado la lotería con gustarle... ¡Pepa! pide más *sampán*, que el general me convida á mí.

Muy temblorosa, Santa realizó lo ordenado; el pianista metióle mano á un vals; se escucharon risas, tuteos, el estallido de un beso y los taponazos de las botellas que el criado descorchaba.

Afuera, continuaba la lluvia su romanza monoritmica y su tamborileo contra los cristales del edificio; continuaba el sordo gotear de las cornisas y barandales y el recio estrépito, sobre el empedrado, de las canales exteriores que vomitaban cataratas. En el sumidero del patiecillo,—una losa con cinco agujeros en forma de cruz,—hundíase el agua rumorosamente, á escape, como apresurada por esconderse allá, debajo, en lo obscuro, y no presenciar lo que en la casa acontecía.

Indudablemente el general estaba beodo y propenso á enternecerse. Lleno de miramientos hacia Santa, solicitó primero su permiso y des-

pués le habló al oído. ¿Lo perdonaba?...

—Sólo quise asustarte, mi palabra; pero si te soy antipático, te pago igual y quedas libre... traigo mucha plata en la cartera y en el chaleco... para ti toda, si duermes conmigo esta noche... ¿qué dices?

—¡Que sí!—le murmuró Santa, intimidada por Elvira, que antes de retirarse detúvose á mirarla.

—Entonces, más de beber ¡qué cañones!—rugió el gobernador,—y aquí tú nos mandas, tú eres la reina.

Y hasta el pianista anduvo beneficiado, con diez pesos que le cayeron como diez soles, por los que habría tocado una semana integra.

Corría el champagne y los ánimos entusiasmábanse fuera de medida; aquello degeneraba en orgía vulgar, con palabras y ademanes soeces, risas destempladas, propuestas bestiales. Las deserciones comenzaron, sin salvar las apariencias, descaradas.

—Nosotros nos vamos. ¡A acostarse, niños!

Y se oían en la escalera chillidos de mujer cosquillosa, tartamudeos de ébrio, traspiés y besos. El general apuraba copa tras copa, con Santa á su lado, y descansando de tiempo en tiempo, taciturno y grave, en la espalda de Santa, su cabeza encanecida.

—¿Qué quieres que te regale cuando te mueras?—le preguntó de súbito.

Alzóse Santa de hombros, sin saber qué responder á pregunta tan inesperada y fúnebre; en el fondo, sobrecogida ante la repentina evocación que impresionó á los que la oyeron, el pianista y Pepa, y al mismo general, no obstante

que su cerebro se entenebrecía. Los cuatro callaron, cual si de veras la muerte esté acechándonos, al alcance del labio que la nombraba.

—No le contestes, boba,—insinuó Pepa,—está chispa y no sabe lo que se habla.

—¿Qué más da?—dijo Santa melancólicamente, y volviéndose al general, añadió:—Mándeme Ud. decir misas...

Con esfuerzo visible, el general apuntó el encargo en su cartera, como asunto serio, y ordenó de beber:

—Yo sí que me muero ahora, pero de sed... á ver, más copas!

Las copas que se sirvieron representaron el tiro de gracia para el gobernador; derramó la mitad del contenido de la suya y se quedó dormido.

Santa respiró, y aunque ligeramente trastornada, consideróse libre: ¿podría acostarse sola?...

Pepa, benévola, la sacó del error, y en confianza, metió al pianista en la charla:

—No hija, el viejo dormirá contigo ¿no le parece á Ud., Hipo? Por tu fortuna, no ha de molestarte, ya no puede con su alma.

Despertáronle entre las dos, y ayudado del mozo, subió al cuarto de Santa, que conforme á la regla, cargaba el sombrero, el abrigo y el paraguas de su amante de una noche. En tanto, el pianista, cuyo lazarillo dormía acurrucado en el quicio de la puerta, se despedía de Pepa.

Como una maza cayó el gobernador en el mulledito lecho, en el que, trabajosamente, sacóse los zapatos, la *jaquette*, el chaleco y parte de la camisa, desabotonada de antemano.

—¿Tú creerás que estoy borracho, eh?... No, estoy atarantado y en un instante se me pasa... la prueba es que oigo llover y que te ruego que te desnudes, pero toda, enterita, quedándote con las medias nada más... ah, y dime, ¿en serio, te llamas Santa?... ¡á que no!... ¿por qué vives en esta casa?... cuéntamelo, cuéntame tu historia, mujer...

No tuvo necesidad Santa de oponerse á tanta exigencia, pues no bien las había formulado el general, cuando de nuevo se durmió, y en esta vez, con macizo sueño alcohólico. De puntillas, para no despertarlo, Santa apagó su lámpara y principió á desvestirse en la sombra, regocijada con la idea de que esa primera noche nadie se adueñaría de ella. De pronto y á pesar de las tinieblas de la estancia, llevóse la mano al cuello y se subió el camisón, cual si temiese que la sorprendieran. Aguardó un momento, y la respiración acompasada del gobernador la tranquilizó; soltóse el camisón y, devotamente, se sacó un viejo escapulario que ya no podría llevar más, que tenía que ocultar ¡pobre trapo desteñido y roto como su pureza, testigo íntimo de sus épocas de dicha, guardián de reliquias que no habían sabido protegerla, compañero de sus suspiros de doncella y de sus palpitaciones de enamorada!... Castamente, lo besó muchas veces, como besamos lo que no hemos de volver á ver, y lo ocultó en algún misterioso sitio de su alcoba de pecadora...

Por la calle, á lo lejos, sonaban bandurrias y guitarras; trasnochadores alegres, sin duda, que desafiando el mal tiempo, tocaban música triste

cual la historia de ella. ¡Su historia! ¡la que le había pedido el borracho aquél!...

Ya no llovía, pero continuaba, afuera, el sordo gotear de las cornisas y barandales. En el sumidero del patiecillo,—una losa con cinco agujeros en forma de cruz,—hundíase el agua rumorosamente, á escape, como apresurada por esconderse, allá, debajo, en lo obscuro, y no presenciar lo que en la casa acontecía.